



Los conquistadores del Pan

La guerra europea ha producido una importante e inesperada escisión en el proletariado emancipador.

De una parte se han presentado quienes, considerando el imperialismo germánico como la amenaza más peligrosa para el ideal, y en atención a los antecedentes revolucionarios y democráticos de Francia y de Inglaterra, prescindiendo de la significación absolutista de Rusia, piensan que los trabajadores deben contribuir directa, moral y materialmente a la destrucción de la soberbia alemana.

Otros, firmes sostenedores de los principios y de las aspiraciones de La Internacional de Trabajadores, mantienen su oposición a la guerra, viendo en la actual el resultado de la dominación del capitalismo, formado sobre el arcaico y aun vigente concepto legal de la propiedad romana, y de los imperialismos en lucha por la hegemonía mundial, y declaran que aceptar la guerra, tomando parte voluntariamente

en ella, es claudicar; peor aún, es renegar, con lo que únicamente se consigue favorecer a la burguesía explotadora, fortalecer el Estado tiránico y anular la personalidad proletaria.

En España se tiene noticia de esa escisión por la información de la prensa, que transmite las manifestaciones públicas del proletariado extranjero, especialmente inglés, francés, italiano y portugués, sin que el español, hasta la hora presente, haya dicho una palabra sobre tal asunto, casi reducido al miedo, a la amenaza del hambre y atareado en la ineficaz faena de arbitrar recursos, de acuerdo con las autoridades, para atenuar la crisis de subsistencias y de trabajo.

Considero esta actitud indigna de la mentalidad y de la pujanza de los trabajadores españoles, manifestada en la prensa obrera y en una serie de actos que, a partir del Congreso obrero de Barcelona de 1870 hasta la fecha, alcanzaron gran importancia histórica, y les excito a que suelten prendas y a que den la cara, como corresponde a quienes han de desempeñar una función progresiva; sobre todo en estos momentos en que tanto preocupa el pro y el contra de la neutralidad.

Téngase en cuenta que el capitalismo, en su existencia actual de trusts monopolizadores y de grandes compañías explotadoras, no vive ya de la explotación directa del obrero, sino del empréstito, del crédito, del agio, de la especulación comercial, de la exportación de productos y de la conquista de mercados, alcanzando ya su más alta expresión en el imperialismo, monstruo insaciable de conquista y de dominación.

Alemania ha realizado el tipo de Estado militarista: si triunfara en la actual guerra, aumentaría indefinidamente su poder, pero reconózcase que si triunfan los aliados, no resultaría vencedora la justicia, sino el mal menor, que ha seducido a los anarquistas convertidos en oportunistas, porque la victoria se repartiría entre naciones sin homogeneidad posible, incapaces de constituir cada una por sí un peligro predominante, teniendo además el contrapeso de contraer en sí mayor resistencia popular y mayor fuerza de tradición revolucionaria.

Es evidente que esta guerra es causada por el capitalismo, por los diversos imperialismos más o menos poderosos, por los diferentes partidos militares, por los múltiples intereses sostenidos con las guerras y con la paz armada y por los antagonismos industriales y bancarios. Es indudable que ningún Estado combate con sinceridad por la libertad, por la civilización, por el progreso, y de lo que positivamente se trata es del engrandecimiento capitalista de cada nación, o a lo menos de la defensa mutua de las naciones relativamente débiles ante la monstruosamente predominante; de donde resulta que la acción guerrera de los trabajadores redundaría en su propio daño, porque desharía su obra, anularía su propaganda, desvanecería su rudimentaria organización y hasta les privaría de base racional para toda protesta y rebeldía, ya que por el hecho de sentar plaza de soldados renuncian a sus inmanentes derechos.

No se olvide que los que, en defensa de un Estado, hablan de la guerra como medio de imponer al mundo un ideal de civilización y de paz contra otro de disciplinaria esclavitud, se reservan como garantía la superioridad industrial y comercial; aspiran, con el predominio político, al económico; quieren la victoria y el imperio para reinar en el mundo desde el mostrador y el escritorio, ostentando como cetro, no una varilla sino metro de oro; venden civilización, no la regalan, reservándose la consiguiente ganancia; resultando en último término que si en todo contrato de compra-venta, el reducido a constante comprador permanece en rutinario estancamiento, el vendedor acumula ganancia sobre ganancia y al fin se enriquece a costa de la clientela.

Expuesto así el asunto, me propongo demostrar que la guerra actual representa el fracaso del Estado, consecuencia de fracasos anteriores, especialmente los sufridos por las clases dominadoras, no directoras, la aristocracia y después la burguesía; que el proletariado se presenta como el elemento salvador y verdaderamente progresivo, sin que el trastorno ocasionado por la guerra tenga más significación que el de incidente molesto y perturbador dominable, ni que las declaraciones retroactivas hechas recientemente por prestigiosos santones tengan más significado que el de síntomas de debilidad cerebral y de casos de morboso pesimismo individual.

A la vista de tanta ruina y desolación, para consuelo y racional esperanza de mis compañeros los trabajadores, deseo divulgar este grandioso pensamiento de Reclus:

«A los conquistadores del pan, es decir, a los hombres de trabajo, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo, se halla entregada la causa del progreso. A ellos tocará introducir al fin el método científico en la aplicación a los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares.»

Este artículo lo escribió pocos días antes de morir para publicarlo en la prensa burguesa, lo que no pudo conseguir a pesar de los esfuerzos que hizo.—N. de la R.

Anselmo Lorenzo

30 de noviembre de 1914

INSTANTÁNEA

—Anselmo. ¿Qué haces? ¿Ya te levantas? ¡Si es tan temprano!

—Vo... vo... voy...

La luz ilumina repentinamente la estancia.

—¡Marina! ¡Flora! ¡Mariana! Venid —gritaba su Paca, sugetándole entre sus brazos, de los que fué deslizándose paulatinamente, hasta quedar tendido en el suelo, sin violencia, sin haber sufrido la más leve lesión.

—¡Ah!

—¡Padre mío!

—¡Oh! No, no, tú no debes abandonarnos.

—¡Abuelo!

—¡Abuelito mío!

—Hijas mías, niñas, valor; ayudadme vosotras a levantarle.

Y entre las cuatro cogen el cuerpo de su ser querido, ya inerte, y lo colocan en la cama, de donde momentos antes había descendido solo.

—¡La Naturaleza había apagado la luz de sus ojos!

Eran las cuatro de la madrugada.

Pocas horas después, mis labios, posados en su frente, sellaron nuestra íntima amistad, trocándola en memoria que de él guardaré durante el resto de mi vida.

J. Boix



Recordando a un viejo anarquista

De entre los viejos anarquistas españoles que guardo un grato recuerdo, por haberles conocido y tratado, son: Anselmo Lorenzo, Miguel Rubio y Fermín Salvochea. Al primero le conocí en Barcelona, en 1900, al segundo le conocí en Sevilla, en 1903, al realizar una excursión por España junto con otro compañero, y al tercero le conocí también durante este viaje, en Madrid, quien nos acompañó hasta Cádiz, para ayudarnos al éxito de nuestra misión.

Quien haya conocido y tratado a estas tres figuras del movimiento anarquista español, se habrá sentido orgulloso de colaborar con ellas por el advenimiento de nuestro querido ideal, sintiendo un profundo pesar al recibir la triste noticia de su muerte. Y es que los hombres de ideales elevados sentimos también la necesidad de estar en contacto con hombres fuertes de carácter, para imitarles y hacernos también fuertes para laborar juntos contra la corrupción y la falsedad de la sociedad burguesa.

Hablando de Anselmo Lorenzo y de su propaganda, se puede decir que su radio de acción era infinito, creyendo ocioso repetir lo que ya se ha dicho y que seguramente otros lo harán en este número extraordinario dedicado a su memoria, enumerando los libros, folletos, manifiestos, circulares y artículos que su mente privilegiada produjo en el transcurso de su larga vida militante.

Anselmo Lorenzo fué uno de los primeros propagadores del anarquismo en España, popularizando con su pluma la naciente sociología, creyendo interesante reprodu-

cir lo que él escribió en el primer número de la revista *Ciencia Social*, que vió la luz en Barcelona en 1895:

«Las verdades sociológicas han de ser difundidas, y para ello, contra las tendencias obscurantistas de los usurpadores, estamos los anarquistas dispuestos siempre a divulgar cuanto sobre tan importante asunto se sepa, dirigiendo principalmente nuestra crítica contra ciertos evolucionistas que pretenden tasar el programa, administrarlo a dosis mínimas, como si la inteligencia, la pasión y la necesidad de los millones de seres humanos reducidos a vil condición hubiera de acomodarse a la necia parsimonia de quienes por creerse de naturaleza superior repiten aún que hace falta un Dios para la canalla.»

De esa propaganda sociológica iniciada por Lorenzo y otros anarquistas, manuales e intelectuales, tales como Tarrida, Corominas, Fargas y otros, salió un plantel en Barcelona y otras ciudades españolas, de obreros cultos y decididos para lanzarse a la lucha de los ideales anárquicos, esparcidos hoy por diferentes partes del mundo, en donde continúan combatiendo la tiranía y elevan a los trabajadores a su propia consciencia y determinación.

Lorenzo era tan humilde como estudioso, no teniendo nunca la pretensión de ser ni sabio ni maestro, sino simplemente un obrero que aspiraba a saber, porque no ignoraba que en medio de la corrupción de la actual sociedad, los obreros debían de capacitarse ellos mismos para librar la ruda batalla contra la burguesía, al mismo tiempo que contender con los pseudo intelectuales, que se aprovechaban de la ignorancia de los desheredados para desviarles de su camino emancipador.

Por eso que Lorenzo se afanaba a estudiar, y como él muchos de los precursores del movimiento anarquista español, porque sabían que en momentos de persecuciones o debilidades, la mayoría de los intelectuales que propagaban el ideal, se retirarían, quedando siempre en la brecha los anarquistas manuales que luchaban por la conquista del pan y por la realización de la libertad positiva, sin tomar los ideales como un adorno literario o académico, al uso de los llamados intelectuales.

Fué, pues, Anselmo Lorenzo, un obrero militante, fundador de la vieja Internacional en España, y un obrero ilustrado, ya tratándose de materias de sociología, ciencia, religión, arte, literatura, etc., superando a muchos llamados «hombres cultos», que habían aprendido de rutina las ciencias y las artes en una Universidad burguesa, cuando no favorecidos con un título o diploma académico, gracias a su influencia política o burguesa.

Hallándose incapacitado Lorenzo para dedicarse a trabajos activos de la propaganda y de la lucha, debido a una penosa enfermedad que sufrió durante los últimos veinte años de su existencia, puso toda su actividad mental en estudiar, escribir y traducir. El trabajo que producía este anciano era inmenso y substancioso. El dió vida a periódicos, con sus artículos claros y convincentes; honró con su firma a bibliotecas, con libros y folletos que incesantemente salían de su pluma; y daba fuerza e impulsaba la obra de la enseñanza racionalista, colaborando con Ferrer, ya traduciendo, ya escribiendo notas editoriales para los libros que publicaba la Escuela Moderna, ya escribiendo artículos para el Boletín de la misma.

Uno de los trabajos que ha escrito Anselmo Lorenzo que rebosan, a nuestro juicio, más sentimiento anárquico y revolucionario, es un artículo que publicó *Cultura Proletaria*, de New York, en 1911, a raíz de los asesinatos de